

APORTES MATERIALES Y PSICOAFFECTIVOS DEL NEGRO EN EL FOLKLORE COLOMBIANO

Escribe: **MANUEL ZAPATA OLIVELLA.**

La mayoría de los países latinoamericanos se han conformado por los aportes básicos de las culturas indígena, hispánica y africana. El grado de este mestizaje varía en unos y otros, según la importancia de los grupos étnicos. En Colombia, el equilibrio cultural no siempre corresponde a la mezcla de las razas. Lo más importante es la constante integración debido a las crecientes migraciones dentro del país. Esta característica se observa, desde luego, en el folclor. La amalgama cultural es tan estrecha que muy difícilmente se puede precisar el grado de hibridación de los respectivos integrantes.

Dentro de este proceso, la participación del negro, particularmente en los litorales, es evidente. Sus influencias son materiales y psicoaffectivas. Las analizaremos por separado.

ELEMENTOS MATERIALES

Si se tiene en cuenta las condiciones violentas en que fue traído el negro al continente, es fácil imaginar que los elementos de su cultura material no pudieron trasegarse en gran medida a la América. Desnudos y encadenados, fue muy poco o nada lo que pudieron traer consigo. El único objeto material, el único equipaje en este azaroso viaje hacia lo desconocido, fue su sombra. Y el negro se asió a ella con toda la fuerza de su tradición y su terror. La sombra era el único acompañante fiel. Le seguía en el interior de las bodegas de los barcos negreros, estaba allí a su lado cada vez que se filtraba un rayo de luz. Y luego, en la venta, de entre el grupo de familiares, de los miembros de la misma tribu, era la única compañera que le seguía para recordarle que precedían de un mismo país lejano.

Fuera de ella, ninguna otra cosa lo acompañaba. Vestido, armas, herramientas de trabajo, alimentos, todo se había quedado atrás. Ni siquiera la lengua. Sabemos que los grupos esclavos procedían de naciones africanas distintas —carabarlíes, araráes, minas, angolas, congos lucumíes, viáfaras, apapas, bondos, bambarás, yorubas, iolofos y otros—, en tal forma que no podían comunicarse entre sí aunque estuvieran

atados en una misma cadena. En estas condiciones les fue imposible que pudieran reconstruir elementos materiales de sus culturas de origen. Solo en aquellas colonias americanas en donde primaba el interés de utilizar esclavos que tuvieran alguna tradición agrícola, en las plantaciones de caña, plátano, o tabaco, como aconteció en Cuba, se congregaron gentes de una misma tribu —los yorubas— que pudieron en cierta forma reconstruir tambores, flautas, maracas, marimbas y otros instrumentos y objetos según la tradición africana pero con materiales de América. También, en la medida en que se fugaban o lograban reunirse a espaldas del amo, hablaban la lengua materna, consiguiendo rememorarla hasta nuestros días, tal el caso de ñañigo. En Haití y Brasil por las mismas razones, se conservaron ceremoniales religiosos como el vodú y la macumba.

Nada de esto aconteció en Colombia, a pesar de que se ha calculado que de los 15 millones de negros traídos a América, un millón entró al país por el puerto de Cartagena de Indias. Estos esclavos, sin embargo, procedían de más de sesenta pueblos distintos, según los registros de embarques, ya que el interés era utilizarlo para labores físicas en la construcción de murallas y explotación de minas, oficios en los cuales no se requerían conocimientos tradicionales como en la agricultura. Además, las condiciones de esclavitud, encadenados o vigilados de cerca para que no huyeran, tampoco les daba oportunidad a reunirse en ceremonias religiosas, fuertemente reprimidas por la Iglesia Católica. Todo contribuyó a que el negro en Colombia, aún cuando se evadiera a la selva, no estuviera en condiciones de reconstruir las formas materiales de su cultura. Sin embargo, pese a estas dificultades, los esclavos, impulsados por la necesidad de procurarse viviendas, instrumentos de música, herramientas, armas de cacería, para su propia subsistencia o impelidos por el mismo amo a la confección de útiles para su uso —canoas, tejidos, alimentos, etc., lograron rehacer con elementos americanos muchas formas de su cultura material.

En la influencia del folclor de la costa del Pacífico, se destaca el grupo musical que tiene la marimba de bambú como instrumento melódico básico. En torno a ella se congregan dos tambores: los conunos de base obliterateda y de diferentes alturas y las tamboras de dos parches y también de distintos tamaños. La forma de estos instrumentos, el canto colectivo de las mujeres con sus guasáes y palmoteo, así como quienes lo confeccionan y ejecutan, hacen pensar que son aportes culturales africanos.

Otras agrupaciones musicales, como la llamada chirimía, integrada por un clarinete o una flauta vegetal, una caja de redoblantes, un tambor y un par de platillos y ocasionalmente otros instrumentos, aunque muestren en su forma la procedencia hispana o indígena tienen su sello negro, ya por ser elementos asimilados por éste o por el ritmo que le imponen en la ejecución. Cabe anotar que en conjunto, los instrumentos de percusión —tambora, caja de redoblante y platillo son los mismos que conforman la batería del jazz, y que entre los melódicos, el principal es el clarinete.

Las estructuras corales de los cantos religiosos —alabados, romances y arrullos— si bien proceden de los enseñados por los misioneros españoles, conservan peculiaridades africanas. La catarsis emocional, los ritos funerales y cierta picardía en las letras, particularmente de los arrullos y romances, muestran la expresión auténtica de la raza a través de melodías y estructuras prestadas.

Estos aportes muchos más ricos en el litoral del Pacífico, fueron posibles porque el negro estuvo substraído de la presencia del blanco, en mitad de la selva, en las orillas de los ríos o en las costas.

En cambio, en el litoral Atlántico, zona de mayor mestizaje con el blanco y el indio, el intenso comercio con España y la vigilancia de la Iglesia sobre sus costumbres, disminuyeron su influencia material pero intensificaron la espiritual. Las pocas agrupaciones de negros cimarrones que escaparon a la selva —Palenque, Uré, María la Baja, Evitar, etc.— formados por diversidad de razas africanas, solo tuvieron como rasgo común un español mal hablado, producto de su reciente esclavitud. Pronto surgió entre ellos un dialecto, suma de vocablos castellanos y africanos. Dentro de un relativo aislamiento, lograron conservar ciertos hábitos ceremoniales, alimenticios, comunitarios, etc. La constante que predominó en todo el litoral fue de transculturación con lo indígena y lo hispánico. El mestizaje, con acento negro aparece en los instrumentos musicales, en los bailes, la alimentación, en la pesca, la agricultura y la ganadería.

En la actualidad se aprecian tres tipos de agrupaciones musicales: conjuntos de gaitas, de cumbiamba y de acordeón. En todos ellos se advierte la presencia negroide. En el conjunto de gaitas de origen americano, aparecen los tambores hembra y macho, cuya morfología cónica y monopercusiva, delatan el origen africano. Destapados en su extremidad inferior, permiten que el tamborero ocluya la caja de resonancia a voluntad, apoyándolos en tierra o suspendiéndolos con las rodillas mientras lo percute.

En los lumbalúes, canto funeral de la comunidad de Palenque, además de utilizarse un tambor gigante, monopercusivo, el "pechiche", en en las letras se conservan vocablos africanos. En el trío de acordeón, guacharaca y tamborera, llama la atención que la influencia africana se evidencia en la forma de percutir la tambora indígena de dos parches, que se coloca entre las piernas como si fuera un tambor monopercusivo y se ejecuta con ambas manos a la usanza negra, sin los bolillos tradicionales empleados por los indios arhuacos o guajiros. Lo peculiar en estas aculturaciones mestizas es que los descendientes mestizos de indios, negros o de hispanos, entrecambian los instrumentos, ejecutándolos de la misma manera.

En los bailes y danzas de carnaval, el negro dejó hondas huellas. La cumbia, el baile más popular de Colombia, ahora bailando en todo el continente, tiene raigambre ancestral en los esclavos del litoral Atlántico. La danza de los diablitos, del garabato, del congo, del toro, de los cabildantes, de los negritos y otras famosas en los carnavales de Barranquilla y Cartagena, son muestras de este muletaje.

APORTES PSICOAFECTIVOS

La actitud psicoafectiva que asumió el negro enfrentado al proceso de aculturación en América constituye el elemento más importante de su contribución en nuestra cultura. Este fenómeno fue y es universal en todo el continente, desde los Estados Unidos a la Argentina. Sin embargo, no es la misma en los distintos países ni en regiones de una misma comarca. De aquí que su actitud global como célula cultural arrancada violentamente de su hábito tradicional y transplantada a un

continente extraño bajo un régimen de esclavitud. En estas circunstancias, el negro debió enfrentarse a situaciones muy adversas al proceso cultural americano pero no pudo sustraerse a participar espiritualmente en él. En primer lugar, desposeído de sus pautas propias —religión, lengua, hábitos, geografía, sociedad, etc.— se vió obligado a encontrar otra, la que le imponía el amo y el medio social al que fue arrojado. Observemos que esta necesidad surge en el hombre, como célula humana que no podía subsistir sin expresión cultural, independientemente de que se la impusieran o no. De aquí su doble actitud: por un lado voluntariamente asimila, roba, se nutre de la cultura ambiental. En Colombia la del hispano, la del indio y la que ya se integraba entre estos dos. Por otra parte, sufre la imposición del amo, quien lo obliga a tomar la suya o la que ya ha impuesto al mestizo. En estas circunstancias exteriormente, la elección es imposible, debe someterse al yugo. Pero otra cosa son las actitudes psicoafectivas: donde no solo recibe, rechaza o escoge, sino que trata en la medida de sus posibilidades de reconstruir lo propio, de hacerse a sus sentimientos religiosos, culturales y afectivos. La posibilidad de realizar este empeño variará según las presiones exteriores que ejerza el amo y el ambiente natural. Pero lo más decisivo en esta aculturación es que siempre su aporte psicoafectivo estará presente en cualquiera de las formas que asuma. La medida, violentada o no, será el negro. Si toma la totalidad de lo impuesto, en el caso del patrón hispánico, su asimilación pasará por un tamiz propio, a través de su sentimiento, de su mayor o menor grado de sumarse a él. La norma fue siempre un recibir lo hispánico adaptándolo a sus peculiaridades culturales, distantes en la geografía, pero no olvidadas en el temperamento y en el afecto. La aptitud hacia las pautas culturales, como se sabe son heredades y por esta razón durante el proceso de aculturación en América, siempre hubo y habrá una respuesta negra psicoafectiva a lo recibido.

Independientemente de esta ósmosis general que determinó la asimilación de una cultura extraña, en Colombia se presentaron peculiaridades específicas debido a que el enfrentamiento cultural, distinto a lo que sucedió en los Estados Unidos, se efectuó no solo ante el blanco, sino a la vez frente al indio y al mestizaje.

En el litoral Pacífico, donde la asociación con el blanco y el indio se verificó en poca escala, el negro trató de reforzar sus reacciones propias, imponiendo su carácter a las formas que asimilaba. Así en esta región encontramos una mayor riqueza de elementos de la cultura material africana. En las estructuras sociales, mezcladas con formas católicas, se generalizaron costumbres como la poligamia, la polarización patriarcal de la familia y un culto a la fuerza física. La actitud psicoafectiva del negro se caracteriza en un rechazo de lo hispánico y en un mayor acercamiento a lo indígena, hay más zambos que mulatos. Siguiendo sus directrices de afirmación, el negro asumió espiritual y físicamente una posición de conquistador ante el indígena. No es de extrañar que en muchas de las comunidades totalmente negras de esta región colombiana, se den caso de rechazar la incorporación de elementos extraños a la tradición africana.

En el litoral Atlántico la actitud del negro fue totalmente distinta. Salvo las contadas agrupaciones de cimarrones evadidos de la construcción de las murallas, en donde se realizó un fenómeno similar al anotado, la mayoría de los esclavos, obligados a convivir con los amos aunque no estuvieran mezclados, determinó un intercambio cultural

que sirvió de base a un pronto mestizaje en la sangre y en la cultura. La actitud psicoafectiva predominante, sin ninguna oportunidad de rehacer las formas culturales africanas —hemos dicho que procedían de regiones distintas: Congo, Guinea, Cabo Verde, Dahomey, Senegal, Santo Tomé, etc.— fue la de asimilar abiertamente cuanto encontró a su alrededor: lo hispánico, lo indígena y lo mestizo. Esto confirmó el proceso de incorporación total: daba y recibía sin reticencia. Así surgió el mestizaje triétnico que hemos visto en las formas materiales de la aculturación folclórica y en la cultura general.

La aportación, pues, más importante que el negro haya dado al folclor y a la cultura en Colombia —y esta afirmación es válida para cualquier país de América— la encontramos en las actitudes psicoafectivas que asumió frente a las culturas que encontró en este continente. Aquí, en la interioridad de su sentimiento, en el hambre y necesidad de hacerse a nuevas pautas de conducta cultural, perdidas las suyas, el negro debió integrarse voluntariamente o no, en la transculturación de un fenómeno social ya irreversible.